

BARCELONEANDO

OLGA
Merino

La espuma de los días

JOAN CORTADELLAS



► La escritora Esmeralda Berbel, ante la persiana del bar que regentaban sus padres, junto al Besòs.

Cuando la protagonista del relato era una niña con sabañones y se comía lo blanco de las naranjas para curárselos, el metro no llegaba hasta Sant Adrià de Besòs, entonces San Adrián a secas. Ni estaba el metro ni se le esperaba. Había en cambio mucha suela de zapato, la línea del autobús 43, que ya no existe, y la Puck x-30 colorada sobre cuyo lomo la escritora **Esmeralda Berbel** (Badalona, 1961) cruzaba el puente del Besòs. «No podías hacer un viaje entero sin limpiar la bujía con el trapo, ¿te acuerdas?».

Sí, claro que me acuerdo. Los motos hacían la perla, Franco era verde en los sellos y los chavales que nos gustaban llevaban Wrangler, camperas y Ray-Ban de espejo. Chicos que caminaban como John Travolta y hacían muchos puntos en el millón del bar.

Es justo en un bar junto al río Besòs donde hemos quedado con la protagonista de *Detrás y delante de los puentes*, un libro recién publicado por la novísima editorial Comba. Una cita con la protagonista, **Esme**, y también con la autora, que se llama igual porque es y no es la misma. Se trata, la obra, de autoficción construida en la memoria del extrarradio barcelonés, una geografía fantasmal y medio surrealista por la que transitó también el escritor **Javier Pérez Andújar** en *Los príncipes valientes* y *Paseos con mi madre*.

El encuentro, pues, en el bar-bodega que regentaban los progenitores de las dos Esmeraldas, una de aquellas tabernas, hoy en alquiler, con serrín en el suelo y atmósfera de azufre y Celtas, una tasca donde se bebía *barrecha*, cazalla y anises del Mono, un garito donde se jugaba a una rifa de boletos que a veces tenía tongo.

Ahora, abundan en la zona los *shawarmas* y esas panaderías franquicia donde hacen café, pero en aquel entonces el bar del relato era el único a la redonda, un bar adonde acudía una marabunta de obreros por las tortillas y las alubias de **Paquita**, que así se llaman la madre del libro y la de verdad. ¿Dónde andará, ay, aquel tropel de currantes ruidosos? ¿Y sus fábricas, *ubi sunt*? Mientras el compañero **Cortadellas** retrata a la **Esmeralda** que escribe, me entretengo con las pintadas del colegio Sant Gabriel, algunas muy sabias. Leo los grafitis —«El punk ha muerto, viva la sociedad del espectáculo»— y charlo con la **Paquita** de verdad, la que los lunes del recuerdo hacía más de cien bocadillos porque entonces, aunque parezca un anacronismo rescatado del más allá, los lunes solo había pan duro en las casas.

Paquita, una de esas imprescindibles madres de posguerra, habla poco pero cuando lo hace la clava, también cuando rememora la espuma de aquellos días, el paisaje y un

La escritora Esmeralda Berbel revisita el Sant Adrià de su infancia

El libro 'Detrás y delante de los puentes' se articula en torno a un bar y el río Besòs

Besòs que era entonces huerto y alcantarilla, un río que parecía soviético de tan contaminado. Una suerte de frontera que también fue temible crecida: «El río de mi infancia —escribe la hija— se desborda con tal fuerza que mi madre empieza a gritar y hay que cerrar las ventanas y poner mantas que no van a servir de nada. [...] Llueve durante días. El agua entra por las persianas y ahoga el motor de la Puck». Siempre llueve en el pasado.

Bar+río=barrio

En realidad, el bar y el río forman una ecuación secreta que descubrió la arquitecta **Itziar González** la tarde que presentó el libro de la **Berbel** en la librería Pròleg: BAR + RÍO = BARRIO. O sea, el bar junto al río como espacio de socialización y vínculo, donde quienes lo frecuentaban, los vecinos, compartían cuitas: «Me he quedado sin curro», decía uno; «pues creo que fulano necesita un lampista», soltaba el otro. El bar, el río, y sus puentes, que son la escritura y la memoria.

Cuando nos despedimos, **Paquita** confiesa que su hija ha escrito algunas «mentiras» en el libro, sin saber —o tal vez sí— que ese es uno de los mayores elogios que puede hacerle. Porque, como dice otro de los grafitis del cole, «la verdad siempre es». Solo que a veces hay que inventarla. ≡